

DOS VIDAS NO EJEMPLARES

Mayor I. M. AURELIO CASTRILLON M.



Alberto Miramón, después de tratar temas variadísimos a través de su vida de escritor, ha escogido como título para su último libro el de "Dos vidas no ejemplares".

Se trata de una obra magistral en sus conceptos; Miramón, escoge para desarrollar su facundia, un par de granadinos que se mueven entre las bambalinas políticas de los últimos decenios del Siglo XVIII. Sus dos personajes cobran fuerza excepcional, se salen de los cauces comunes de las crónicas históricas para convertirse en dos héroes de novela de la "Comedia Humana". Sin embargo, el milagro de este libro está en que el autor no somete la acción a su peculiar estilo, sino que más bien crea un modo de decir las cosas, en que el lector cree que este ingenioso de las letras colombianas hubiera escrito con los pinceles de Goya; ora, son los colores tenebrosos de los "fusilamientos del 2 de mayo" cuando Pedro Fermín de Vargas coge el crótalo venenoso de las manos del negro Pio, para probar el guaco como antídoto de la ponzoña de serpiente, ora lleno de humor malicioso de los "Bebedores" en los amorios de Mallo con María Luisa de Parma.

Indudablemente un personaje de gran interés si se trata en forma mediocre, demerita las excelsitudes de las acciones y vida del mismo. En la

misma forma si un personaje secundario se trata relievando los hechos y circunstancias, se agiganta, tal es el caso de esta obra. Los títulos, sin ir más lejos le dan interés que toca en lo dramático. Veamos como ejemplo algunos de ellos: "El Precursor Alucinado", un lector desprevenido, puede creer encontrarse ante un Miranda. "La Última Trampa" da sensación de tragedia, pues quien lea el Libro está esperando de antemano emociones de gran intensidad. "Años de Oscuridad" dan la idea de que el héroe de la obra ha caído en desgracia y que no volverá a levantar cabeza; pero, el siguiente Capítulo nos saca del engaño. "El Sabor de la Venganza" nos indica que Vargas pasa sus horas oscuras y vuelve con suficiente poder para vengarse. Por último "La Huella Postrema" nos indica el hombre que cansado de emociones, busca la divinidad de Dios como último refugio. En este punto el dramatismo llega a su nota más álgida el personaje, de quien no se conoce su cuna, tampoco deja conocer su tumba.

Miramón no se contenta con crear un estilo para su libro; va más allá, crea uno para cada uno de sus personajes, mientras en la vida de Vargas escribe en forma seria y reposada con tintes de dramatismo cuando la situación lo aconseja; en la vida de Mallo se vuelve chispeante, oportu-

no, amén de brillante. El cortesano nacido allende los Andes en la austeridad Popayán se mueve en la corte con la desenvoltura del palaciego como si fuera un "alegre vaso de vino moscatel".

El tema y la trama son tan bien llevados, que el insulto se reprime en los labios para este cínico personaje, que goza únicamente por obtener el favor real; de las carnes de rosa marchita y nauseabunda de aquella viciosa soberana que junto con Mallo cedía su cuerpo a Godoy entre otros muchos.

El rey Carlos IV en la obra de Miramón trata de ser un "mauvais Garçon" trata de ser un demonio, un lucifer, un belial, pero en fin de cuentas, de Mefistófeles, no tiene sino un par de soberanos cuernos, que el autor con audacia y gracia inimaginables los afila hasta llegar a la "afeitada". Se puede afirmar que Godoy y Mallo cual dos toreros que capean en los ayavares de la política usan co-

mo embalado a la otoñal, pero no por eso menos indigna y apasionada soberana.

Es discreto también Miramón: el encuentro de la reina con Simón Bolívar no tiene visos de amargura, sino que es la discreción lo que se nota cuando la reina se viste con hábito monacal para presentarse al bienamado Mallo. La escena tiene la timidez del criollo que sin estar imbuido totalmente de las ideas de la revolución francesa ve a la soberana entre cauto y asombrado y le parece imposible que esta hacedora de pecados contra la moral, ostente un poder donado por el hábito divino.

Es de anotar que el libro saca del cuarto de San Alejo y entre líneas le da un fugaz resplandor de gloria al personaje tan inservible como oxidado que fue Manuel Mallo, quien por arte de su ingenioso modo de complacer a la reina, consigue las divisas de Subteniente de Milicias nada menos que para Simón José Antonio de la Trinidad Bolívar.